

# ANTONIO BAYO, EL *RUSO*

Manuel Garrido



Resulta muy interesante y sugestivo evocar la vida de un hombre con dos famas paralelas o dos personalidades que, conviviendo, no se confundían y en realidad ni siquiera coincidieron. Antonio Bayo nació en 1929 en La Baña, adonde su madre embarazada había vuelto desde Argentina en las mismas condiciones de la marcha, empeoradas en buena medida por este hijo, que se sumaba a otro, también americano. La pobreza de la que había emigrado seguía acechándola al volver para, si cabe, acentuarse un poco más con esas nuevas bocas que alimentar. Los años de la infancia entrenaron a Antonio, bien al contrario por cierto que su hermano, por caminos de travesuras y de hurtos sin fin de toda cosa comestible. Llegó a ser el terror del pueblo, chivo expiatorio en alguna ocasión, sin duda, y en pago recibió el apodo de *Ruso*, símbolo entonces, tras la guerra civil, de la maldad absoluta. Tanta fechoría dio al fin con él en la cárcel, que lo retuvo unos cuantos años.

Cuando salió, terminó asentándose, tras recorrer varios sitios, en el País Vasco, donde al fin pudo llevar una vida normal, sostenida en su trabajo de guardia jurado, incluso en un polvorín. Así siguieron años de tranquilidad y silencio, y de repente en 1977 su fama reventó. Ese fue el año de publicación de una novela en dos tomos con este llamativo y kilométrico título: *Antonio B. el Rojo, ciudadano de tercera. España, España*. Aquí, pues, entra en liza el otro Antonio, sorprendentemente llamado ahora *Rojo*. ¿Qué había pasado?

El año 1973 Antonio vio una película que lo fascinó, *Papillon*, construida con las aventuras y fugas carcelarias de un preso con ese apodo. La película partía de una novela del mismo título, escrita por el protagonista para exponer su indomeñable afán de li-

bertad. No importa que los ambientes y motivos nada tuvieran que ver con los suyos, el caso es que Antonio vio su propia vida reflejada en aquella historia, y entrenado como había estado en tantos lances aventureros y como seguía estándolo en sueños de gloria, le entró la ventolera de poner sus aventuras por escrito.

Lo intentó, al menos, pero no fue capaz. Mientras tanto, un periodista lo puso en contacto con el novelista vasco Ramiro Pinilla. Durante un mes le contó su vida. En 1977 se publicó la voluminosa novela con notoria repercusión y la gloria, no importa que fugaz, para Antonio. Los tiempos eran propicios, porque, después de tantos años, Antonio y *España, España* alcanzaban cada uno por su parte y casi al tiempo su propia libertad.

Es curioso pensar, dicho sea digresionando un poco, que la posible relación entre Henri Charrière, el célebre autor de *Papillon*, y Antonio Bayo, podía dar siquiera para argumento de un cuento sonriente, siempre que su autor fuera Antonio Pereira, especialista en guiños literarios cómplices. Lo fue en cierta medida, porque al menos la mitad la escribió en un texto de su último libro *La divisa en la torre*. Cuenta en efecto don Antonio que un día de 1968 coincidió en Las Palmas con el Sr. Henri Charrière, que andaba promocionando su novela *Papillon*. Le contó que la había escrito en Venezuela, ya rehabilitado tras una vida pródiga de aventuras, cárceles y fugas, cuando leyó una novela francesa, titulada *El astrágalo*, de ingredientes y asunto parecidos, y pensó que una suya podría resultar tan interesante y más creíble. Y acertó, no importa ahora que alguien le ayudara a escribirla.

Ya hemos dicho que Antonio Bayo, fascinado por el personaje retratado en *Papillon*, le contó, también él ya rehabilitado, sus propias aventuras a Pinilla,

convencido de que nada tenían que envidiar a las del francés. La novela resultante y consiguiente tuvo cierto éxito en 1977, nueve después de la inspiradora y cuatro de la película que lo deslumbró. Y estas son las misteriosas confluencias: Antonio Bayo ignoraba, naturalmente, el pretexto del señor *Papillon*, lo mismo que este no supo que él lo fue para el cabreirés; Ramiro Pinilla supo de *Papillon*, pero no de su antecedente; Antonio Pereira se enteró del precedente de *Papillon*, no seguramente del de Antonio Bayo. Solo nosotros, gracias en parte a don Antonio, lo sabemos todo sobre tales curiosas y sorprendentes coincidencias de la vida con las que se va tejiendo el pequeño teatro del mundo y de la vida.

Pero volvamos a nuestra pareja de conveniencia, para afirmar que ambos se utilizaron. Antonio vio en aquel hombre tan importante y crítico, que además sabía escribir, la posibilidad de hacerse el nombre famoso, tan soñado en la visión de *Papillon*, imposible para sus fuerzas de escritor, y el vasco, por su parte, la ocasión, el escenario y ciertas aventuras reales para su crítica radical y apasionada de esa España sometida al poder omnímodo de triple rostro: Iglesia, Ejército y Justicia.

Y los dos hicieron trampa. Antonio engordó su retahíla de fechorías con una ristra de mentiras francamente risibles. Señalemos como más salientes, en primer lugar, esa relación de complicidad rebelde con Girón, expresada en unos encuentros imposibles, porque este sabía muy bien de quién podía fiarse, y no era el caso del ratero bañés. Sigue el dato ilusorio de su ida desde la cárcel a Ponferrada, reclamado por la autoridad para reconocer su cadáver.

Precisamente, la descripción del reconocimiento está muy lejos de ser creíble, porque declara la identidad del muerto a pesar de que tiene la cara completamente destrozada (pero según su compañera Alida, que sí estuvo ante él, tenía un solo tiro y estaba muy pálido). No es posible someter la risa cuando dice que en cierta ocasión fue a misa y, para ver de paliar el hambre de forma inmediata y gratuita, comulgó siete veces, siete. Desliza en fin que su madre le ofrecía ciertos favores sexuales al párroco a cambio de una cesta de patatas. Sobre ese punto, cabe la sospecha vehemente de que es invento del novelista. Antonio era un villano, pero no parece que su madre le mereciera un desprecio semejante para denigrarla con una mentira tan hiriente.

La trampa del novelista fue, naturalmente, de otro estilo. Antonio en el fondo no le interesaba gran cosa como persona, pero lo utilizó como trampolín hacia el personaje, muy alejado del verdadero Antonio Bayo y en buena medida incluso ajeno a él. Así es preciso entender la variación en su apodo, de *Ruso* a *Rojo*,

porque en 1977 el segundo servía mucho mejor a su propósito evidente de denuncia que el primero, ya sin otras connotaciones que las de un simple gentilicio, no importa que algo exótico. Ese cambio en el apodo lo justifica sobre la afirmación enfática de una mujer presente en el parto del niño «rojo como un rayo» pero el narrador dice que solo es rubio (y en caso de ser cierta la exclamación, la mujer hubiera dicho «rubio como un rayo», porque ese es el término cabreirés para rojo). Y por cierto, que, en la reedición de 2007, treinta años después, la novela recupera el apodo original, que ahora queda justificado sobre la variante de la exclamación de la misma mujer: «rubio como un ruso» (y ya resulta francamente difícil imaginar a una mujer bañesa, asegurando en 1930 la rubicundez de los rusos). Por lo demás, en el prólogo a la reedición el autor afirma haber elegido un estilo asombrosamente motejado de invisible, cuando eso es precisamente lo más inmediato y visible: que la voz que suena en la narración, una voz que acaso podría calificarse «en off», a ratos teñida de lirismo y siempre ensimismada, no es la de Antonio el de La Baña.



Medas en La Baña. Fotografía: Senén Benardo. Ca. 1978.

En 1977, a la aparición de la novela, Antonio sufrió una decepción, porque, a pesar de que aquellas eran sus aventuras y estaban contadas en primera persona, sin embargo no se reconocía en la voz que las contaba. Él había sin duda soñado con verse retratado en sus peripecias por el lago de La Baña o pescando en el río Cabrera, durante el afanoso asalto a un gallinero, a un corral o huyendo de la cuadra (una cuadra como Dios manda en la pantalla, con todo el relieve de la suciedad animal), donde el juez de paz lo había encarcelado, o con escenas de palizas de la guardia civil o las juergas con los amigos, compartiendo el botín de sus fechorías. O en otras escenas igualmente

impresionantes y de abigarrado colorido, durante la pesca en el lago, por ejemplo, o cuando se ocultaba de los guardias en la Fervienza, una pequeña, pero muy bella cascada que se precipitaba al final de un valle sobre las rocas con una gran grieta o pasadizo oculto, tapado por la cortina impetuosa del agua. Todo aquello constituía en sus sueños un marco para sus aventuras tan impresionante al menos como el del presidiario filmico para las suyas. Desconocía que lo único que se ve en una narración literaria es la voz, y por casualidad él no podía reconocerse en la inventada por el vasco.



La Baña desde la vega. Fotografía: Senén Bernardo. Ca. 1978.

En la contraportada de la novela en su primera edición se aludía a la aparición del personaje en la pantalla, «si las circunstancias son favorables». Finalmente, no lo fueron, puesto que no apareció. Y esta fue la segunda, definitiva y aún más grave decepción de Antonio, que hubo, pues, de conformarse con la notoriedad del momento. Para entonces es cierto que ya no era el *Ruso*, por más que siguiera siendo hasta el fin conocido en su pueblo por ese mote. Atrás quedaba una porción de su vida plena de aventuras, antes de desembarcar en la normalidad y la rutina en el País Vasco, donde emerge como todo un ejemplo, pero ahora cambiado de signo: ahí es nada, el antiguo ladrón convertido en guardián de la propiedad ajena, incluso de un polvorín, aquel que perdió dos dedos de su mano en la explosión de un cartucho de dinamita para matar truchas en el río (y no manejando el fusil en la lucha subversiva junto a Girón, como le dijo a Pinilla).

Resulta igualmente un paradigma ilustrativo, pero ahora de la vida en general, por otras cosas, como es que el antiguo y presunto subversivo fue ayudado, al salir de la cárcel, por un sacerdote en un pueblo del

entorno de Astorga, pero de eso nada le dijo a Pinilla. Al final de su vida se hallaba unido a una mujer viuda de un guardia civil. Años después, cuando ya no estaba para verlo, un hijo suyo, por casualidad también guardia civil, fue condenado por su implicación en la guerra sucia contra ETA.

Por fortuna para él, esos últimos años ya fueron plácidos. Cuando volvía al pueblo, la gente no se recataba de recordarle su pasado, y de ese modo echarle en cara su triunfo, edificado sobre bases tan deleznable, pero semejante reacción demostraba también que quizá en el fondo lo admiraban. En cierta pequeña escala era un triunfador que andaba en los libros. Él por su parte tampoco se cortaba al mostrarse como tal, no importaba aquel pasado, cuya leyenda, con aquellos comienzos, más bien alimentaba la sensación final de triunfo y aunque en esa leyenda, ausente por supuesto en la narración de Pinilla, hubiera detalles que suponían la humillación del héroe. En cierta ocasión lo pillaron con un socio asaltando un gallinero, y en castigo ejemplarizante la guardia civil los puso a recorrer el pueblo, sosteniendo cada uno el extremo de un palo largo, en cuyo centro colgaba una gallina. Uno decía: «Yo soy el pollero», y el otro respondía: «La raposa no compite con sus compañeros». Ahora bien, sería injusto ignorar, como decía, que en más de una ocasión fue sin duda chivo expiatorio, para endosarle a él las fechorías de otros.

Pero, como también decía, y eso es lo importante, pudo disfrutar de unos años de bonanza y tranquilidad. Murió en 1984. Ramiro Pinilla soltó en una entrevista a raíz de la reedición de la novela una serie de despropósitos sobre su muerte, cuando, según él, contaba 45 años y tras una riña con un familiar de su segunda esposa, en la que este le clavó en el hígado un tridente; (el término, por cierto, le resultaría extraño a Antonio, puesto al lado de las humildes, pero verdaderas y muy expresivas palabras del cabreirés, que son *guincha* o *furcada*). En realidad sobrepasaba en unos meses los 54 años, si había nacido en 1929.

Nunca dejó de beber en cantidad desmesurada, por lo que puede con razón deducirse el deterioro imparable de su hígado, sin necesidad de agresión con un apero labrador. Murió fulminado por un ataque cerebral.

\* Fotografía de cabecera: Ramón Carnicer.